

## PRESENTACION DEL ACTO

Pedro Cerezo Galán

1. El homenaje que acabamos de ofrecer a Pablo Picasso, no necesita de justificación. A la genialidad, y mucho más cuando como en este caso es fecunda y generosa, nunca se le puede hacer justicia. Siempre se está en deuda con ella. Más bien, yo diría que ha sido éste un intento de justificarnos a nosotros, atreviéndonos a decir unas palabras, todavía emocionadas y estremecidas, bajo la sombra espesa de su recuerdo.

Sí necesita, en cambio, justificación el que sea un homenaje póstumo. Ha sido preciso que Picasso muera, que la muerte haya evidenciado el terrible vacío de su ausencia, para que esta oquedad se llene con nuestras palabras. Palabras que ya no le pueden hacer volver, pero que pueden hacernoslo volver, aproximarnoslo a la memoria y al corazón, llevarnos al estudio diligente y crítico de su obra y a la admiración de su gigantesca personalidad creadora, únicos caminos por los que, tal vez algún día, este tremendo hueco de su ausencia no quede lleno tan sólo de palabras.

2. No ha sido nuestro intento traer a Picasso a la Universidad para aprisionar su espíritu inquieto, burlón y caprichoso como una llama, en las convenciones mentales de viejos hábitos académicos. El significado de este acto ha sido justamente el inverso: Acercar la Universidad a Picasso, para que se fundan la rigidez y el esquematismo de ciertos usos académicos al contacto del implacable juego destructor del niño Picasso, que recrea el mundo en la libertad inocente del primer día de la creación, cuando sólo existía la luz y había que animarla de colores y formas.

Picasso en la Universidad, no para sentarlo ridículamente en nuestros sillones magistrales y cubrirlo con nuestras togas, hecho doctor honoris causa e in articulo mortis de nuestra mala conciencia, sino para dejarlo estar libre y solo y sentir con su presencia cómo el aire entreabre las ventanas y nos trae rumores de un mundo crujiente y nuevo, a punto de ser estrenado y compartido.

3. Entre las múltiples lecciones universitarias de Pablo Picasso, tan sólo quiero

señalar como la más ejemplar de todas, su libertad de espíritu. Se atrevió a crear; en ésto estriba su grandeza. Fue preciso para ello destruir, subvertir, revolver, como el niño que jugando destruye para explorar y volver a crear de nuevo. Toda auténtica creación tiene que ganarse su derecho a la vida, abriendo previamente el hueco de su propia presencia y derribando los antiguos ídolos; y luego, levantar el mundo de nuevo, como si antes nada hubiera existido, sin reposo, hacia una plenitud expresiva, siempre presentida y nunca realizada, más allá de nuestras palabras y de nuestros sueños.

Picasso creador es Picasso iconoclasta. Sin la beatería del culto a la tradición, pero también sin la irresponsabilidad del que olvida fácilmente. Había que medirse con la fuerza de la tradición, dialogar críticamente con ella, descomponer y violar aquellas obras intactas del pasado, para rescatar el pulso y el color, el acento y la forma, el valor de cada elemento, rota su conexión significativa con el conjunto. Es éste el trabajo serio que forma y disciplina, pero, -oh, terrible facilidad del genio-, hecho con la espontaneidad del que juega, del que se divierte y goza, llevado por una capacidad proteica de expresión que revienta todos los moldes.

Picasso creador es también Picasso autocrítico implacable. Cuando el poder de la negatividad se aplica a lo de fuera, a lo extraño, no hay modo de distinguir la subversión creadora de la mera aniquilación escéptica. Sólo el poder de lo negativo, dirigido contra sí mismo, el furor interno de destruir la propia fisonomía, de no dejar nada quieto y firme, sino fluidificar todos los momentos, provoca el milagro de la eterna juventud del propio rostro. La libertad creadora debe atravesar por la pavorosa experiencia de la propia muerte, en la incesante suspensión de la obra, de la propia obra, para que pueda liberarse la potencia de expresar, infinita e inexhausta. Pero, -y aquí está de nuevo la impronta de los genios-, todo este esfuerzo de ascesis y de purificación expresiva ejecutado con la ironía del que se burla de sí mismo, del que se distancia y ríe de su propia obra, sin cadenas ni servidumbres personales, porque el escollo más sutil de la libertad quizá sea en última instancia uno mismo, cuando quiere ser a toda costa uno y el mismo, sin entregarse a la diferencia absoluta de todo lo otro.

Picasso creador es por último Picasso original y originario, volcado sobre un mundo visto y explorado por sus propios ojos, los del creador, sin servilismos ideológicos ni prejuicios de partido. No hay para el artista mayor realismo que la fidelidad a lo real, refigurado según la potencia imaginativa. Todo lo demás no es la realidad en personal, sino el sedimento ideológico de la misma, su doble o su apariencia. Los ojos del creador no necesitan atenerse a lo que está vigente sociológicamente o a lo que vale en una determinada perspectiva de evaluación. Son ojos universales, que pueden abrir el mundo en su dimensión de casa común y de nuevo universo para un nuevo mañana.

4. En esta libertad creadora y en su producto inimitable, el realismo crítico y alotrópico, del que refigura el mundo con ojos nuevos, reside para mí la calidad humanística de la obra de Picasso. No en un credo, que hubiera de ser recitado. No en un sermón bien aprendido y escrito al dictado de las fuerzas políticas. La inserción del artista verdadero en la política, no está en servirla como a un poder superior

que guarda todos los oráculos, sino en servir al hombre, en una práctica expresiva que le descubra su real miseria y le dé los medios imaginativos para trascenderla de continuo.

El humanismo de Picasso está en la convicción y en la actitud de que sólo es libre y universal un mundo que se fragua en la libertad creadora, que nos abre el acceso a las cosas mismas en su desnudez cabal.

Por éso, este hombre universal que ha ensayado todos los estilos y ha roto con todo en el instante único de volver a pintar de nuevo, ha explorado también todos los rincones de nuestra hora histórica, en su violento claroscuro de miserias y de esperanzas; el mundo de la mujer que llora, en un dolor sin momento y sin figura, la desolación universal, el de los niños solos, el de los tristes y marginados que nos abruman con el vaho de su insondable misterio, y junto a él, en un lúcido balance de nuestras más profundas esperanzas: la madre que apretuja en el limbo azul de su ternura a un niño que mira el mundo con una mezcla de curiosidad y espanto, y la palma, las muchas palomas, la banda de palomas, a la conquista del ramo de olivo.

5. Picasso universal se llega hasta nuestro momento. Nos toca con su aire creador y todo se queda estremecido, a punto de quebrarse. Miramos a sus ojos intensos y agudos y una súbita revelación nos asalta. Un día, dijeron sus animales a Zaratustra, cuando estaba sentado pensativo a la puerta de su caverna: "¿es que buscas con la mirada tu felicidad?" "¿Qué importa la felicidad, -respondió él. Hace ya mucho tiempo que yo no aspiro a la felicidad; aspiro a mi obra". Los ojos traviesos del viejo niño Picasso, -acaso el niño que soñaba el profeta Zaratustra- nos dan esta noche otra respuesta. "Yo no aspiro a mi obra, sino a mí mismo. Pero, nadie tiene nunca el derecho a haberse encontrado, si no ha buscado antes, desesperadamente todo lo otro, si no se ha perdido y extraviado, en el bosque innumerable de la vida". Picasso es una invitación para este extravío.